

poder, porque la columna de voluntarios que mandaba D. Pantaleón Barrera se había retirado de allí después de su triunfo de Bolonchenticul. Pronto, sin embargo, volvió á ponerse en marcha el mismo jefe con otra fuerza que pudo organizar, y con la cual ocupó á Hopelchén á mediados de julio. El 18 se apoderó de Pich, después de una ligera resistencia, y habiendo sabido allí que un gran número de sublevados se hallaba fortificado en Xcupil, el mismo día prosiguió su marcha en dirección de este pueblo. Pernoctó en el rancho San Isidro, y á las seis de la mañana del día siguiente volvió á ponerse en movimiento; pero encontró tan obstruido el camino, que á cada paso se veía precisado á detenerse para disponer que lo abriesen los hidalgos; y como esta operación demandaba tiempo, los indios tuvieron el necesario para preparar su defensa. Y de tal manera la dispusieron, que cuando la fuerza de Barrera llegó al rancho Baceltuc, á una milla de Xcupil, se encontró súbitamente rodeada de emboscadas y detenida ante una serie de trincheras que sólo distaban cincuenta pasos una de otra. Empeñóse al instante un rudo combate, en que la fuerza expedicionaria derramó con abundancia su sangre, por las posiciones ventajosas que ocupaba el enemigo. No obstante, al cabo de tres ó cuatro horas de fuego, todas las trincheras habían sido tomadas y ocupada la plaza de Xcupil (10).

El Sr. Barrera se replegó nuevamente á Campeche después de esta expedición, y los indios habrían vuelto á quedarse en quieta y pacífica posesión de los Chenes, si el coronel D. Agustín León, comandante entonces del cantón de Hecelchakán, no hubiese puesto el mayor empeño en organizar una nueva sección que saliese á recorrer aquella comarca. Levantada ya esta fuerza en número de 200 soldados y 300 hidalgos, pidió al general en jefe que le per-

(10) El mismo *Boletín*, números 63 y 65.

mitiese mandarla para el objeto expresado. Accedió á sus deseos el general Llergo, y entonces el coronel León salió de Hecelchakán, con su fuerza, el 24 de agosto, con dirección á Bolonchenticul. Ningún contratiempo experimentó hasta Halal, en donde pernoctó; pero al día siguiente, al aproximarse á la hacienda Yaxché, de la cual estaban apoderados los bárbaros, hubo necesidad de empeñar un serio combate para quitarles las trincheras que habían escalonado en el camino. Los indios resistieron algún tiempo; pero pronto se vieron obligados á huir, dejando en el campo ocho cadáveres y dos prisioneros. Uno de éstos fué fusilado en el acto, habiendo debido el otro su salvación á su menor edad (11).

Un día después de esta acción, esto es, el 26, el coronel León ocupó á Bolonchenticul, después de algunas escaramuzas insignificantes que tuvo con los bárbaros en el camino. Recorrió en seguida algunas poblaciones de la comarca, dispersando al enemigo dondequiera que se le presentaba, y al fin fijó su residencia en Sahcabchén. En este pueblo recibió una nota del general Llergo, en que le decía que había resuelto crear una sexta división, cuyo mando le confiaba desde luego, y que debía componerse de la fuerza que tenía á la sazón bajo sus inmediatas órdenes, y de todas las demás que operasen en adelante en aquella zona (12).

En virtud de este arreglo, D. Pantaleón Barrera, que había vuelto á salir á campaña con su columna, invitó al coronel León á reunir las fuerzas de ambos en Hopelchén, para que, puestas todas al mando del último, pudiesen dar un golpe decisivo á los bárbaros (13). Accedió el coronel

(11) *Boletín* citado, número 23.

(12) El lector recordará, por lo que dijimos en el capítulo anterior, que esta sexta división, de cuya creación no habíamos hablado hasta ahora, operó más tarde en el sur del Estado, en unión de las demás.

(13) *Boletín oficial*, número 110.

León, y reunidos ya los dos jefes, acordaron marchar al pueblo de Xcupil, en el cual se habían replegado los bárbaros después de sus últimas derrotas.

El 17 de septiembre, á las tres de la mañana, comenzó á salir la fuerza que debía practicar este movimiento; pero los indios no se atrevieron á aguardarla, y la plaza de Xcupil fué ocupada sin disparar un tiro. Al día siguiente, la división volvió á emprender su marcha con dirección al pueblo de Komchén, y desde su salida comenzó á ser hostilizada por los bárbaros, que habían llenado el camino de trincheras y emboscadas. Pero la fuerza expedicionaria pudo vencer todos estos obstáculos y hacer retroceder hasta Komchén al enemigo, el cual incendió, en su despecho, todas las casas del pueblo. La división tomó aquí un día de descanso, y el 20 se puso en marcha para Dibalchén. El 21 ocupó este pueblo, después de una ligera escaramuza; pero el 22 los indios se presentaron en grandes masas por los caminos de Itúrbide, Chinehintok y Hopelchén, é inmediatamente se empeñó una de las acciones más reñidas de aquella campaña. El arrojó de los agresores era tan grande, que llegaron á tocar las trincheras más avanzadas y á incendiar las casas que servían de alojamiento á sus guardadores. Pero al cabo de tres horas de combate, se dispersaron en distintas direcciones, habiendo muerto á dos de los defensores de la plaza y herido á quince (14).

El coronel León no tenía consigo ningún cirujano, y tomó la resolución de volver á Hecelchakán para curar á estos desgraciados. La sección del Sr. Barrera también se retiró; pero se detuvo en Tinum, á poca distancia de Tenabo, porque ambos jefes convinieron en reunir nuevos elementos para salir otra vez á campaña y llegar hasta el avanzado pueblo de Moreno. Pero mientras se hacían los preparativos necesarios para llevar á cabo esta importante expedi-

(14) El mismo *Boletín*, número 119.

ción, un suceso escandaloso verificado en Tinum vino á imposibilitarla del todo.

El 3 de octubre se presentaron á D. Pantaleón Barrera algunos sargentos de la fuerza que se hallaba á sus órdenes, pidiéndole licencia para pasar algunos días á Campeche, juntamente con los soldados de las compañías á que pertenecían. El deseo de ver á sus mujeres é hijos servía de pretexto á esta demanda; pero como la misma causa podían alegar los diez ó doce mil hombres que por aquella época se hallaban en campaña en todo el Estado, el Sr. Barrera negó la licencia que se le pedía. Los sargentos se retiraron murmurando palabras subversivas, y entonces aquel jefe puso una nota al general Cadenas, refiriéndole el hecho y pidiéndole un apoyo para sostener las medidas que estaba en disposición de dictar contra aquellos malos ciudadanos. Pero el Sr. Cadenas no le mandó otro auxilio que una elocuente comunicación en que, después de hacerle algunas reflexiones sobre los sacrificios que la patria tenía el derecho de exigir de sus hijos en aquellas circunstancias, le excitaba á desplegar toda la energía necesaria para contener el desorden y salir de nuevo á campaña. El coronel Barrera hizo leer esta nota á su fuerza, en los momentos en que se hallaba formada en la plaza de Tinum; pero luego que se terminó la lectura, resonaron en las filas varias voces que gritaban ¡Á Campeche! ¡Á Campeche!, y 300 hombres del batallón 16 y 50 de Seguridad se salieron violentamente de la plaza. Algunos oficiales los siguieron precipitadamente por orden del Sr. Barrera, para evitar que cometiesen algún desorden en el camino, y éste se quedó solo en Tinum con unos 150 hombres que permanecieron fieles.

Los amotinados llegaron á Campeche en la noche del 4, y satisfechos de haber alcanzado su deseo, se retiraron en seguida á sus respectivos hogares. El general Cadenas mandó inmediatamente instruir las averiguaciones que creyó

necesarias, y dió parte del suceso al general en jefe, acusando como principales instigadores del motín á los sargentos Bibiano Sierra y Cirilo Reyes. El general Llergo se llenó de indignación al imponerse de este escándalo, que no era por cierto el primero que daba la fuerza de Campeche; recordó al Sr. Cadenas que en un caso semejante el teniente coronel Molas había fusilado en Izamal á los seis cabecillas del motín acaecido en Temax en agosto último, y después de excitar á aquel jefe á que aplicase toda la severidad de la Ordenanza á los instigadores de la sublevación de Tinum, condenaba á los demás á ser filiados en el Ligero, único batallón que tenía en el Estado el carácter de permanente (15).

La prensa de Campeche censuró agria y severamente á los amotinados; recordó que era aquella la cuarta vez que se sublevaban las fuerzas del distrito, y pidió que fuesen castigados ejemplarmente los culpables (16). Pero todas estas censuras y todas aquellas medidas no bastaron á remediar de pronto el mal que causó la sedición. La pequeña fuerza con que D. Pantaleón Barrera se había quedado en Tinum, recibió orden de replegarse á Campeche, para no exponerla á un sacrificio inútil; la sexta división no tardó en marchar para el Sur, según hemos visto en el capítulo anterior, y no teniendo desde entonces los indios quien los molestase en los Chenes, esta rica comarca fué todavía por mucho tiempo el teatro de sus depredaciones.

En los últimos meses del año se organizó, sin embargo, una nueva fuerza que consiguió varias ventajas sobre los sublevados; pero como estas operaciones se hallan íntimamente ligadas con las que se llevaron á cabo en 1849, nos reservamos tratar de ellas en otro capítulo.

(15) *Boletín oficial*, número 134.

(16) *Boletín del Hijo de la Patria*, números correspondientes al 5 y 9 de octubre.

CAPÍTULO XIV

1848-1849

Operaciones posteriores á la ocupación de Valladolid y Tihosuco.—Nuestras tropas recorren victoriosamente los alrededores de aquella ciudad.—Establecimiento de los cantones avanzados de Chemax y Yalcobá.—Se experimentan mayores dificultades en el Sur.—Acciones de Culumpich y de Ekpeo.—Se establecen los cantones de Chikinoonot y Sabán.—Sitian los indios este último pueblo y el de Tihosuco.—La guarnición de ambos hace esfuerzos heroicos, pero inútiles, para alejar á los sitiadores.

El año 1848, quizá el más fecundo en acontecimientos que se registra en las páginas de nuestra historia, había terminado de una manera gloriosa para la causa de la civilización. Con la recuperación de Tihosuco y Valladolid quedaba sometida al gobierno la región más habitada de la Península, y reducidos los bárbaros á las selvas y al desierto en que había tenido su cuna la insurrección. Pero la campaña comenzó á presentar desde entonces dificultades más serias, así porque el indio sabe aprovechar admirablemente la espesura del bosque para hacer la guerra, como porque no hay un solo habitante de aquella comarca que tenga el menor átomo de simpatía por la raza blanca. Los capítulos que van á leerse en seguida, vendrán muy pronto á confirmar la exactitud de estas observaciones.

Comencemos por el Oriente, donde los indios se manifestaron por aquella época menos bravos y emprendedores que en el Sur, aunque no por esto se obstinaron menos